



Rafael Jijena Sánchez

Varoncito y la espada de siete quintales

Argentina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Erase un rey que tenía un hijo, el cual llegado a la edad juvenil comenzó a aburrirse en el palacio y desear correr mundo en busca de aventura. Y así fue que un día el muchacho manifestó a su padre sus veleidosos anhelos. El viejo, comprendiendo la conveniencia de que el mocito se golpeará un poco accedió a sus deseos y concedió el permiso. Y en el acto de la despedida, después de dar al Varoncito la bendición paterna, entregó el rey una espada diciendo:

-Con esta espada –hijo mío-, si no te falta corazón, serás invencible. Tan filosa es que corta un pelo al aire, y tan pesada en las manos de un hombre resuelto que su mandoble pesa siete quintales.

-Pierda cuidado, padre –dijo el Varoncito y se despidieron. Montó a caballo provisto de lazo, con guardamontes y colete y colete y se marchó por un largo sendero hacia países desconocidos.

Muchos días caminó sin que le ocurriera novedad alguna y, al fin topó con un hombrón que estaba afanado junto a una montaña, tirando a gran distancia trozos de roca. Y el varoncito detúvose para mirar aquel hércules en cuyas manos poderosas, peñas del tamaño de un hombre, parecían livianas como cascotes.

-¿Quién es usted, amigo, y qué está haciendo?

-Estoy cambiando de sitio esta montaña por orden de mi patrón. Me llamo Arranca Peñas y soy peón de este estancia – respondió el gigante.

Y el Varoncito, advirtiendo que el gigante le sería útil en sus futuras empresa, ofrecióle mayor sueldo, en oro contante y sonante, yo lo conchavó de mozo de mano.

Siguieron los dos adelante charlando en buena compañía, como el patrón y el gaucho cuando van de camino y, al cabo de tres jornadas, hallaron en una ceja de monta a un gigante ocupado en desmontar una selva.,

Y arrancaba los árboles a mano, con la misma facilidad con que un hortelano desmaleza sus almácigos, el Varoncito fue hasta él y le saludo:

-¿Quién es usted, amigo y qué hace aquí?

-Soy peón de esta estancia –dijo el interpelado-. Por orden de mi patrón estoy desmontando este rastrojo para sembrar. Me llamo Arranca Montes.

Y el Varoncito, al punto, le ofreció mayor sueldo y lo tomó a su servicio.

Y andando, andando a través de diversos países, los tres jinetes concluyeron por internarse en una región de inmensos bosques e intrincadas montañas; una región virgen de toda presencia humana, plagada de animales salvajes y también de hacienda chúcara. Y ésta fue la ocasión en que el hijo del rey demostró ser gaucho en de veras; porque habiéndosele agotado las provisiones, lejos de desanimarse al verse desprovisto de ellas, resolvió acampar allí mismo y tomar posesión de aquellas tierras de nadie, pensando que sin duda era llegado el tiempo de comenzar las aventuras que venía buscando. Ensilló, pues, su caballo, se vistió el colete, metióse en el monte y al mediodía, regresó trayendo a la cincha, una ternera enlazada. Y de este intento no quiso mandar primero a uno de sus peones, para demostrarles que en cuanto a destreza en las faenas camperas, él solo podía bastarse, siendo tan ducho como sus servidores, en el manejo del lazo y del caballo. Y para comenzar el establecimiento de la estancia que pensaba fundar en aquel paraje salió nuevamente el Varoncito después del almuerzo a reconocer los campos, esta vez en compañía de Arranca Montes.

En cuanto a Arranca Peñas recibió orden de quedarse en el real y tener la comida lista para el regreso de sus camaradas. Toda la tarde estuvo el gigante preparando el charqui con la carne de la ternera, y en salar y colgar la carne charqueada y en estaquear el cuero; y en

parar la olla de caldo para ensartar el asado. Y ocurrió que, al cerrar la noche, mientras atento a su faena miraba dorarse la carne, como de viento en los árboles, y apareció junto al fuego un negrito motoso, petiso, pero ancho, fornido y cono los ojos como brasas:

-Buenas noches –exclamó el recién llegado.

-Buenas noches.

-Qué preferías más, ¿la vida o la comida? –preguntó el negro con vos de trueno.

Y Arranca Peñas, que era un hombre de pocas pulgas, contestó:

-¡La vida y la comida, renacuajo del infierno!

¡No hubiera dicho lo que dijo! Porque antes que acabase de soltar el juramente, el petiso, a puntapiés, volcó la olla, hizo volar el asado y se orinó en el fogón lanzando salvaje carcajada. Arranca Peñas, en el colmo de la indignación, cogió una piedra más pesada que un hombre y arrojóla sobre le demonio; pero éste, invulnerable a los golpes, como si fuese de aire, se le plantó por delante y derribo al cocinero de una trompada.

Alelado, botando sangre por la boca y narices, lo hallaron Varoncito y su peón, al regresar. Y Arranca Peñas, apenas pudo hablar, les refirió lo ocurrido y grande fue la perplejidad de los tres amigos al comprobar, instantes después, que en el sitio no quedaba vestigio de asado ni de ternera carneada, ni el más leve rastro del enano, por mucho que lo buscasen como lo hicieron, en la tierra húmeda, bajo las malezas.

Acostáronse entonces a dormir hambrientos y meditabundos, cada cual en su montura. Y mientras los peones guardaban un triste silencio, el Varoncito revolvíase preso del insomnio bajo sus mantas, pensando en el extraño suceso y lleno el ánimo de temerosos presagios.

Mal barajados levantáronse al filo del alba nuestros amigos, desayunándose con una infusión de hojas de alpamato que, según dicen, es bebida buena para calmar los nervios y fortalecer los corazones.

Arranca Peñas, acobardado, indicó la conveniencia de cambiar el real a sitio menos desierto; mas el Varoncito se opuso mostrándose resuelto a no moverse de allí mientras no descifrarse el misterio del impertinente moniaco.

-Comprendan ustedes que sería una vergüenza darnos por vencidos al primer contratiempo –arguyó- .

Y ahora, Arranca Peñas, vendrás tu conmigo, saldremos a campar, pillaremos otra ternera y después del almuerzo regresaremos al monte mientras este otro se queda a cocinar.

Esto hicieron y apenas quedó solo, Arranco Montes echóse a dormir la siesta y a media tarde, paró la olla de caldo. Y con tiempo cortó del monte un tallo de palo mataco, duro, pesado e inflexible. A este vástago le cortó a media los brotes dejándolo erizado de porras alternadas, con el que se hizo una macana capaz de desnucar al mismo gigante Orejas mochas si se le presentara.

A eso de la oración, Arranca Montes extendió las brasas para el asado, ensartó en el asador la carne, los acostó entre dos horquetas y, barrote en mano, sentóse a esperar.

Era la hora solemne en que grita el alilicucu y revolotea escondido y atraído por la llama; la hora de las estrellas cristalinas que van brotando en el cielo negro a través de los follajes inmóviles. Y en esto, apareció el negrito y profirió las audaces palabras de la noche anterior:

-Que preferís más, ¿la vida o la comida?

-¡La vida y la comida! –rugió Arranca Montes alzándose de un brinco. Y blandiendo su garrote, lo descargó con tremenda fuerza sobre la cabeza del enano.

Pero éste, lanzando una carcajada, esquivó el golpe y respondió con feroz manoplazo en las narices de su contrincante. El cual, tambaleándose, lagrimeando de dolor y de furia y sacudiéndole al negro un garrotazo tal que lo partió por la cintura; pero las piernas y el cuerpo volvieron a juntarse, y Arranca Montes recibió en las costillas una lluvia de furibundas trompas, que lo derribaron por tierra, dejándolo deshecho como atado de ropa vieja.

En ese instante llegaron al campamento el Varoncito y su peón. Y lo mismo que la noche anterior, hallaron volcada la olla, el fuego humeando y ni rastro de carne, ni huellas de bicho viviente en el paraje.

A la noche siguiente tocóle por fin velar la comida al Varoncito. Y como era un buen cristiano, al acabar el día no se olvidó de rezar sus oraciones y de encomendarse a San Jorge, vencedor del demonio. Y a la hora concebida, apareció el enano y repitió el desafío. -¡Cruz, cruz diablo! –exclamó el Varoncito desenvainando la de siete quintales, a lo que el negro respondió con estruendosa carcajada y burlescas cabriolas.

Por algún efecto debieron de obrar en él estas mágicas palabras porque luego se quedó ahí mismo, como clavado en el sitio, y con los ojos echando chispas. Y el Varoncito, sin pérdida de tiempo, lo partió de un solo tajo en dos mitades haciéndolo de arriba abajo por un hombro. Y antes de que las dos mitades volvieran a unirse, apenas cayeran al suelo, les puso las plantas encima, un pie sobre cada mitad. Luego, de un corte transversal, cercenó la cabeza por el cuello. Arrojó al fuego los pedazos del enano que ardieron con chisporroteo de grasa frita, despidiendo una humareda nauseabunda; y a la cabeza le asestó un puntapié con toda el alma y la cabeza rodó como bocha y desapareció por entre los matorrales metiendo un ruido como de piedra que se afloja y cae de un cerro abajo.

Regresado que hubieron al real los dos gigantes, al hallar la comida preparada, no pudieron disimular su asombro. Y a pesar de la hazaña que el Varoncito les refirió, supusieron para su coleteo, que el enano no había venido aquella noche; pero la mañana siguiente, al rastrear las huellas de la cabeza, pudieron comprobar que, en efecto, había rodado por la selva para ir a caer en un pozo distante media legua del campamento. Y aquel agujero escondido en las profundidades del monte no era otra cosa que la puerta misma del infierno, porque soltando en él una piedra que ataron al extremo de tres lazos añadidos, todavía no alcanzaban a tocar el plan.

Aquí termina la primera aventura del Varoncito armado con la espada de siete quintales. Y la segunda consiste en la bajada al infierno, cuando le cortó la oreja al diablo convertido en mula chúcaro. Y la tercera es el recate de la princesa Linda Flor, encantada en el fondo de aquel pozo. Pero como el relato de estas aventuras sería demasiado largo, lo aplazaremos para otra oportunidad.

Y lo echaremos en un zapato roto para que usted me cuente otro.

Seleccionado para los niños por Rafael Jijena Sánchez

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

